

COLECCIÓN
**LA
PAMPA
LEE**

LA PEQUEÑA MUERTE DE BASILIO KANCHEFF

Armando Inchaurreaga



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

JEFE DE GABINETE DE MINISTROS

Jorge Capitanich

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

Pablo Urquiza

**SUBSECRETARIO DE EQUIDAD
Y CALIDAD EDUCATIVA**

Gabriel Brener

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE LA PAMPA

Oscar Mario Jorge

MINISTRA DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Jacqueline Mohair Evangelista

SUBSECRETARIA DE EDUCACIÓN

Mónica Dell'acqua

Coordinadora del Plan Nacional de Lectura

Adriana Redondo

Coordinadora de la región Patagonia

Silvia Contin

Coordinador de contenidos La Pampa Lee

Bruno Di Benedetto

Referente provincial del Plan de Lectura La Pampa

Norberto Sánchez

Coordinadora editorial: Natalia Volpe

Diseño gráfico: Juan Salvador de Tullio,
Elizabeth Sanchez, Mariana Monteserin,
Mariel Billinghamurst

Revisión: Silvia Pazos

Colección: La Pampa Lee

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura

Pizzurno 935 (C1020ACA)

Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075 / 1127

planlectura@me.gov.ar

www.planlectura.educ.ar

República Argentina, Julio de 2014

LA PEQUEÑA MUERTE DEL BASILIO KANCHEFF

Armando Inchaurreaga

...
y el hombre
es un detalle más en el paisaje
es un retazo más de aquel paisaje
mil veces marginado.

Nosotros
los que pertenecemos a la tierra
los que amamos el horizonte azul
de los caldenes.

...
los que todos los días
vemos al sol morir y levantarse
en los silencios

nosotros
los hijos de La Pampa
Anamaría Mayol

Sí, cuarenta años... para atrás, caramelos negros de azúcar quemada, el cogote duro de tanto espiar las nubes.

Vamos por la calle ancha, casi barriéndola. Las canillas del Cambá descalzo delante de mí... todos, la mirada fija en la arena suelta, pensé que el Cambá era un tipo de suerte por el color, la mugre no se le notaba. A los más blancos, al rato nomás ya estábamos todos chorreados...

—Por suerte paró un poco, pero anoche sopló lindo.

—Sé, pero el viejo dice que el 37 fue mucho peor... que no se podía abrir las puertas de las casas por la arena... Todos se rajaban.

—¡Che! Déjenme de joder con esto... hace dos horas que andamos y no encontramos un carajo, un cacho de alambre oxidado, un cuero pura basura, una arandela que no sirve para nada... eso de que después de las voladuras se encuentran anillos, pulseras, monedas, son todas macanas... qué mierda va a haber en este

pueblo, si aquí nunca hubo nada, no sé qué vamos a encontrar removiendo tanta arena... los ojos me arden... yo me voy...

Por atrás, alguien llegó corriendo, entre el tropel y la tierra levantada, a media voz largó:

—Se murió el papá del Juancho...

Salimos disparando, una cuadra antes escuchamos la sierra, alguien también clavaba... de lejos nos fuimos acercando despacito... si el Juan Bolzán andaba bien, podríamos, si no, nos rajaba. Ni nos miraron... presurosos tratando de detener el tiempo... el ataúd empezaba a tener forma... fascinados mirábamos esa caja de pino clara y larga... el ruso, tembloroso, dijo:

—Aquí van los hombros, es más anchito...

—¡No lo toqués, boludo! El único que puede tocarlo es el carpintero...

Todos clavamos la mirada.

—Dice mi agüela que el que toca los cajones de los muertos se llena de verrugas.

Y con la severidad que da el tener una abuela casi bruja, largó imperativo:

—¡Vamos!

—Y sí, a lo de Nelly Dalsanto, si es la única que sabe...

—¿Y los plateados, de dónde los sacamos?

—¡Yo tengo! —repasando, agregó—: Tengo uno de Caporal y es grandote, otros más chicos y son de American Club, tres de Commander y creo que nada más. A lo mejor alcanza. La Nelly debe tener alambrecitos y papeles verdes para cabitos...

Cuando llegamos a la panadería, Nelly estaba en plena labor, sin dejar de hablar y sonreír, con sus ojos saltones, movía ágilmente los dedos, iba aprobando su propia tarea...

—Miren qué linda quedó esta rosita.

Todos asintieron, a mí me pareció una porquería, pero me callé la boca. Creo que me callaba más por temor al destino de la ofrenda, que a la forma tiesa, metálica, imitante... Si por lo menos encontráramos algo verde, taparlas un poco, darle vida, pero no, todo era como un cuero reseco... Solo en un rincón languidecía un malvón, dentro de una maceta. En menos de media hora se terminó la tarea. Empezó la discusión, que llevas vos, que no, que yo no soy un mariquita para andarlas llevando... que vos sos más amigo del Juancho que yo... que no porque no te acordás cuando nos refajamos a la salida de la escuela... Y, por fin, las llevé metidas bajo el rompevientos, cosquilleándome y previo al:

—Hijo de puta, le pelaste el malvón a Doña Luisa. ¡No vamos a entrar más en la casa...!

Salimos derecho, pasamos por lo de Dahir, me agaché al pasar por la vidriera de casa, los Ponce y el galpón grande de los Rojo. Nos cruzamos con el Ford del doctor Armengol. Envuelto en la polvareda, uno tenía la impresión de que a él la arena no lo tocaba nunca... era tanta la impecabilidad...

Ahora pienso a quién le cobraría en ese pueblo, donde los pocos pudientes éramos como de su familia y a los otros más pobres, les regalaba hasta los medicamentos.

—Ese, cada vez da jarabes más fieros.

—¡Callate, jetón!

Y los coscorriones salieron certeros y rápidos. Seguimos caminando.

Un remolinear de chatas rusas y gente del pueblo tapaban la estructura cuadrada de humildes adobes, la única y chica ventana cerrada. El perro blanco de Juancho nos olfateó, nos miramos... siempre nos echaban de todos lados. En rápido movimiento saqué el salvaconducto... casi mágica en sus brillos metálicos, res-

guardadas por las hojas de malvón, salieron debajo de la tricota. Con decisión y como diciendo: paso-traemos-las-flores, atravesamos la barrera de miradas inquisidoras. Del amarronado paisaje saltamos a la penumbra de dos velas encendidas en la habitación. Los pobres objetos mordidos por las sombras. El Juancho estaba a un costado, con su maestra.

—Esa desgraciada en la escuela meta penitencia y hasta lo faja a reglazos, ahora está aquí...

—Callate, pedazo de burro, una cosa es la escuela, otra es cuando a uno se le muere el viejo. ¿No ves que ahora todo el mundo lo compadece?

—¿Qué es eso de que ahora todo el mundo lo compadece?

—Y eso quiere decir que hoy todos le van a tocar la cabeza, lo van a querer, le van a decir pobrecito... mañana se olvidan y empieza la fajadura de nuevo. ¿Entendiste?

Terminando el cuchicheo, se escuchó el crepitar de las velas y su titilar; desde un espejo trizado, el único, vi la luz reflejada y distorsionada... no me reconocí... recorrí los objetos lentamente, ninguno me importó. Más allá, el Basilio yacente... barba rojiza y manaza sobre el pecho, camisa Coppa y Cheggo y zapatos puestos... (¿para qué los querrá?). Lentamente, midiendo centímetros, estiré la mano... hasta que la yema de los dedos lo rozaron... de la frente bajé y suavemente toqué la órbita del ojo cerrado... por ahí entraba la luz del sol... no más, ni estrellitas ni nada... esperaba alguna señal... creí escuchar su vozarrón, cuando se la daba al Juancho o canturreaba esa canción extraña, tragando esa leche cortada que yo miraba de reojo, preguntándome cómo alguien podía comer semejante porquería...

—¡La mocosada, ajuera!

Era el Pedro Russman. Por la mañana, basurero en carro de

ruedas grandes tirado por dos caballitos, ahora enterrador con corbatín de luto y misma ropa... En tropel, salí último, cabeza doblada espiando... vi cómo lo agarraban por debajo de los brazos y piernas... un último brillo de sus zapatones y al cajón clarito, rápido clavarón la tapa —¿pensarán que se va a escapar?—, con movimientos precisos lo colocaron en la primera chata rusa, sobresalía un pedazo, quedaba con los pies levantados... le manoté las manos al Juancho y le encajé las flores... estaba llorando... no lo pensé y salté al cajón de manzana sobre otro carro... nos dieron una bolsa de arpillera para taparnos y poder respirar.

Cielo marrón y traqueteo chirriante, veía los dos caballos de la chata que nos seguía, cabezas casi en el suelo, flacos y lanudos, imagen viva de la miseria... recordé los caballos de las películas yanquis, patas finitas, lustrosos, corriendo por praderas verdes y el Plata del Llanero Solitario, tan blanco, galopando en ese desierto tan prolijo y limpito...

Dejamos atrás las últimas quintas, los cardos rusos lanzados por los medanales rodando... el Juancho seguía llorando... con su boca enorme casi acampanada... costrón pegoteado, mano cerrada sobre las cinco florcitas de papel de cigarrillos...

Veinte centímetros sobresalían los palos del alambrado... trabajosamente empezamos a subir la lomada... borrosos entre la masa polvosa, vimos dos cipreses doblados... allí fuimos parando en gran confusión... saltamos de la chata y vimos que adelante se llevaban el cajón casi corriendo... todo era abierto... casi como estar parado sobre un mar de sepia, distinguimos las tumbas cuando las estábamos pisando... sentí el golpe y era una cruz de hierro oxidada con un corazón de chapa al medio... un nombre que no pude leer y una fecha: 1932... corrimos... había fosas abiertas, algunas llenas de arena, en la tercera bajaron el cajón... sonó

seco al tocar el fondo... palearon y al momento nos empujaron para la vuelta...

—¡Las flores, Juan, tire las flores!

Y salieron por el aire en un último relumbrón metálico, hundiéndose entre las masas de polvo...

El regreso fue rápido, como si todo se alivianara... El Juan no lloraba, con voz apagada dijo:

—¿Qué vamos a hacer sin el viejo?

Se miró las manos... los dos sabíamos... Involuntariamente hice lo mismo... la puteada me salió de adentro y el viento se la tragó... boyerito... boyerito-pajarito... no, no viene de allí, viene de buey... sí... y es así... de sol a sol por la comida y las alpargatas.

Entrábamos al pueblo... atardecía en soledad... el viento se escuchaba por ráfagas... una voz trataba de anunciar algo... luego la musiquita chillona del pasodoble... sí... *El Relicario*. Esa noche había cine.

Basilio Kancheff murió en Winifreda, Territorio Nacional de la Pampa Central, en los años de seca.

Igual que otros miles partieron de las verdes colinas de Europa Central, él de Bulgaria y jamás arribaron al puerto de la esperanza.

En la patria vacía nunca hubo tierras ni paz para ellos.

Trizados sus sueños, robados y mentidos, enfrentados a naturalezas terribles, desgajadas sus raíces culturales, quedaron acorralados entre la locura y la desesperación.

Basilio Kancheff murió de desesperación. Por ella se muere o se hace... toda la patria dolorosa que tenemos está amojonada por sangre de desesperados. Ellos ya no están pero su sangre intacta fluye ancestral en su descendencia... con ella construiremos la nueva esperanza... la patria robada que nos está faltando.

Roberto Daniel Hepper

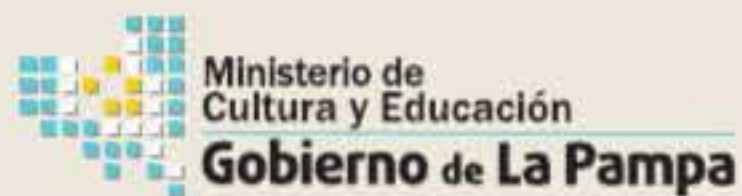
(Santa Rosa, La Pampa, 1961). Escritor santarroseño; desde joven vivió en el oeste pampeano como uno más de sus puesteros, al tiempo que alfabetizaba niños y adultos en la región de Chos-Malal, casi en el límite con Mendoza.

Esta experiencia de vida se plasmaría más tarde en sus dos primeros libros, *Cuentos de algarrobo* y *Dieciséis arribeños*, en los que se entrelaza el amor por la tierra y la pasión por el cuento, género en el que vuelca toda su creación literaria.



Camino al rancho
Fabián Muñoz Docampo
Fotografía, 2014

**ARGENTINA
NOS INCLUYE**



**PLAN PROVINCIAL
DE LECTURA,**
Entre textos,
espacios para compartir Lectura

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.